

de un Dios que aparecería y desaparecería, sin saberse muy bien cómo, sino que se concibe como la manifestación de una Presencia que, desde siempre, ha estado y está ahí: «Dios emergente en nosotros porque fundamentalmente nos habita, no de manera casual o coyuntural, sino fundamental, fundamentándonos» (p.26). La antropología ignaciana subyacente que desvela el autor, el cual bebe también de fuentes zubirianas, es que el hombre es un «ser para Dios», y la teología subyacente es que «Dios es un ser para el hombre». En ello radica el optimismo básico tanto de Ignacio como del autor. La «consolación sin causa» no es más que la manifestación de este encuentro. Es decir, la «causa» de este «sin causa» es la razón misma de lo existente: todo existe para que se dé el encuentro con Dios, porque todo procede de Dios y a Él vuelve.—JAVIER MELLONI.

RENÉ METZ, *La consécration des vierges. Hier, aujourd'hui, demain*, Les Éditions du Cerf, Paris 2001, 248p.

Erudición, divulgación y praxis eclesial se dan la mano en este volumen de René Metz, profesor honorario de la Facultad de Teología Católica y del Instituto de Derecho Canónico de la Universidad de Estrasburgo-II. Un interesante ejercicio en el que historia y vida, historia y política, se combinan y complementan gracias a las claves ofrecidas por un historiador y canonista con un espíritu de necesaria renovación eclesial y de proyección de futuro para el siglo XXI.

Si este uso político de la historia ya es importante, mucho más lo es, a mi juicio, la temática concreta sobre la que gira la obra: Metz se centra en una institución, la de las vírgenes consagradas, que, a su carácter exclusivamente femenino, une el interés de su accidentada evolución histórica. Iniciada en los primeros tiempos del cristianismo, tras siglos de declive a partir de la Baja Edad Media, con una prohibición formal en 1927 seguida de años de absoluto olvido, muestra en la actualidad signos evidentes de intensa reactivación. En estrecha conexión con estos aspectos llamativos, más que hablar de una tesis concreta a cuya fundamentación responda la estructura del libro, sí podemos decir que el autor defiende una idea principal que lo anima: esta institución, sobre todo en su vertiente laical, puede convertirse en una de las llaves renovadoras más importantes de la Iglesia de hoy. No obstante, dado el desconocimiento generalizado, es preciso comprender primero sus rasgos característicos y su evolución en el tiempo. Lo cual puede ayudar también a entender esa complejidad histórica y, sobre todo, la «inexplicable represión» (p.234) sufrida en el siglo XX. En esta misma clave valorativa, da una gran relevancia a la evolución del rito de la consagración, «uno de los más bellos monumentos de la liturgia antigua» en palabras de Pío XII (p.8).

Al planteamiento señalado obedecen la sencillez en redacción y estructura y el afán divulgativo que preside toda la obra. Como afirma en la Introducción (p.8), el autor ha querido elaborar un estudio lo más simple y claro posible, procurando eliminar el carácter poco atrayente para los lectores del trabajo de erudición, pero aprovechando una investigación exhaustiva realizada por él mismo años atrás: *La Consécration des vierges dans l'Église romaine. Étude d'histoire de la liturgie*, publica-

da en París en 1954 (501p.). Con todo, el interés de la publicación actual no residiría sólo en lograr hacer accesible al gran público un clásico de la erudición sobre la vida religiosa femenina, sino también en añadir reflexiones en torno a la trascendencia eclesial de algunos de los grandes eventos del siglo xx, como el Vaticano II, y en hacer balance sobre la situación de finales de la centuria.

La exposición se organiza en dos partes. En la primera, «El pasado. Grandeza y decadencia», se presenta en apretada síntesis la historia de la institución desde los tiempos de la Iglesia naciente hasta mediados del siglo xix. El estudio histórico de aquellas mujeres laicas que, sin abandonar el mundo ni asociarse en comunidad, decidían consagrar su virginidad a Dios como forma de responder al ideal evangélico, se desarrolla en los dos primeros capítulos. Por un lado, los orígenes y progresivo desarrollo entre los siglos i y iii y, por otro, su institucionalización en el siglo iv, momento en que se tiende a pasar del *propositum* privado a la recepción de la *consecratio* de manos del obispo en un acto litúrgico formalmente regulado que, básicamente, giraba en torno a la *velatio* que simbolizaba la conversión de la virgen en *sponsa Christi*. Si los siglos iii y iv, por otra parte los mejor estudiados, constituirían el «período de gloria» de las vírgenes laicas individuales —no veladas y veladas ya a finales del iv según distinción efectuada por el papa Siricio—, a partir del siglo v se va haciendo notoria la tendencia al asociacionismo monástico, donde regularización y *velatio* aparecen unidas. Según Metz, por circunstancias de la época y necesidades de seguridad, esta última tendencia acabó por imponerse. No obstante, habría que esperar al siglo xi para que la decadencia de las vírgenes laicas se hiciera irreversible.

De gran interés son los capítulos III, IV y V, dedicados al análisis pormenorizado del ceremonial de consagración, tanto en sus aspectos jurídicos y simbólicos como en la evolución experimentada desde la sencillez de los orígenes hasta la grandiosidad litúrgica de finales del siglo xiii. Los paralelismos entre las distintas fases evolutivas y áreas geográficas de desarrollo por un lado y los ritos matrimoniales al uso por otro, se muestran con toda evidencia. Definitivamente fijado por el obispo Guillermo Durand a finales del xiii, el análisis de su recepción y difusión en las ediciones impresas del Pontifical romano desde finales del siglo xv hasta mediados del xx demuestra el conocimiento y valoración que el ritual recibía en medios eclesiales, ello en abierto contraste con su prácticamente total caída en desuso hasta mediados del xx.

¿Por qué la decadencia de las vírgenes laicas y por qué la decadencia del ritual de consagración, incluso en el seno de las comunidades religiosas femeninas? La segunda parte responde sólo parcialmente a estas preguntas. Bajo el título «Los signos de la renovación. La institución de las vírgenes consagradas desde mediados del siglo xix a comienzos del siglo xxi», analiza los procesos históricos que, no sin grandes dificultades, han vuelto a poner de actualidad este género de vida.

Comienza el capítulo I, en el que se plantean cuestiones fundamentales, con el «cierto redescubrimiento» iniciado a partir de 1868, tras la consagración según el rito del Pontifical recibida por siete monjas benedictinas a instancias de Dom Guéranger, abad de Solesmes, hecho que acabaría afectando a las vírgenes laicas desde comienzos del siglo xx gracias al interés de algunos obispos. Sin embargo, son clara muestra del desconocimiento de la institución las dudas suscitadas entre algunos so-

bre la legitimidad de emplear el rito en favor de personas que, tras siglos de monacalización del mismo, no hubieran emitido los tres votos habitualmente exigidos para la consagración. Sometidas al dictamen de la Congregación de Religiosos, ésta entendió erróneamente que la petición episcopal radicaba en la facultad misma de consagrar a las vírgenes laicas, a lo que respondió negativamente en 1927 con la ratificación formal de Pío XI, un papa que previamente había mostrado sus grandes reticencias a tal práctica. Para Metz, ambos actos son una prueba contundente de ignorancia histórica y muestran el desconocimiento de que se trataba de una práctica tradicional en la Iglesia. En todo caso, provocaron la paralización de las consagraciones. La cerrazón pontificia volvería a ponerse de manifiesto en 1950 cuando Pío XII, en la Constitución *Sponsa Christi*, invitaba a todas las comunidades femeninas que todavía no lo hubiesen hecho a retomar el rito solemne de la consagración, si bien restringiéndolo a solas las monjas de votos solemnes o *moniales* y excluyendo a religiosas y laicas.

En realidad, la reactivación actual de las vírgenes laicas tuvo en el Vaticano II su principal factor desencadenante. Tras el análisis minucioso de los documentos conciliares, en especial las Actas, el autor concluye que esta institución no fue evocada en ningún momento por los participantes, aunque sí el ritual en una mención exclusivamente técnica, relativa a la revisión litúrgica tal y como aparece en la constitución *Sacrosanctum Concilium* promulgada en diciembre de 1963. La revisión, bajo el horizonte de la simplificación ritual, despertó un nuevo interés que acabó desembocando en la propuesta de readmisión a la consagración de las vírgenes laicas por parte de los revisores del ritual. El nuevo ceremonial fue promulgado en 1970 y aprobado por Pablo VI en enero de 1971.

A su estudio se dedican los capítulos III y IV, repasando de nuevo los aspectos jurídicos y litúrgicos, el desarrollo de la ceremonia y el estudio de los orígenes históricos de sus diferentes elementos. Destaca Metz que las reformas rituales han devuelto su dignidad primera a la antigua ceremonia, cuya clave de comprensión sigue siendo la idea de unión esponsal. Y finaliza este bloque temático con un interesante balance sobre la presencia de las vírgenes consagradas en algunos documentos oficiales de la Iglesia de finales del siglo xx: el Código latino de 1983, el Código oriental de 1990, la Constitución *Pastor Bonus* de 1988 y la Exhortación apostólica sobre la vida consagrada de 1996.

En la Conclusión, el autor traza un breve balance estadístico sobre la situación de las vírgenes consagradas a finales del siglo xx y sus perspectivas de futuro. Utiliza la información obtenida gracias a la encuesta efectuada por el comité internacional que preparó el Congreso-Peregrinación de las vírgenes consagradas a Roma en Pentecostés de 1995 con motivo del 25 aniversario de la promulgación del nuevo ritual. Su número es creciente y su dedicación profesional variada, lo cual mostraría para el autor que responde a una necesidad del mundo contemporáneo. Prevé además que su número seguirá en aumento, pero que ello provocará las lógicas dificultades. Aquí ha de entrar necesariamente en juego la autoridad episcopal a fin de ayudar a superarlas salvaguardando al mismo tiempo sus aspectos más originalmente característicos: la libertad e independencia de sus miembros.

Creo que tras lo reseñado han quedado resaltadas las innegables virtudes de la obra, fruto de un trabajo y una reflexión de años, así como de un compromiso ecle-

sial intenso e ilusionado. Pero no quisiera rematar estas líneas sin señalar algunos aspectos criticables. Si para Metz esa «inexplicable represión» sufrida por las vírgenes laicas constituiría uno de los aspectos más destacables de su historia reciente, apenas profundiza en posibles explicaciones. A mi juicio, limitarse a resaltar el desconocimiento de esta institución por parte de la jerarquía, aun respondiendo a una realidad, simplifica las cosas. ¿Por qué ese desconocimiento? ¿Por qué ese desconocimiento, también, entre los miembros de las comunidades parroquiales e incluso entre algunos obispos de hoy? Considera que es la falta de información la que lleva a la subvaloración y, en algunos casos, «a tolerar más que a promover», e, incluso, a rechazar abiertamente. Es por ello que, con mucho optimismo, plantea su libro como instrumento de aceptación de esta forma de vida. Sin embargo, ¿es el desconocimiento el que provoca los rechazos más o menos encubiertos?, ¿es ahí donde reside la clave de la accidentada historia de esta forma de vida?

No cabe duda de su importancia. Pero ese desconocimiento remite a un problema mayor, un problema clave en la Iglesia: el papel que los laicos, y, en concreto, las mujeres, hemos jugado y hemos de jugar en ella. Lo que la historia de las vírgenes laicas consagradas evidencia son las reticencias que toda forma de vida no regularizada ha despertado siempre en la institución, así como los empeños por encauzarla jurídicamente hacia fórmulas progresivamente alejadas de la vida en el siglo o netamente diferenciadoras entre el ámbito laical y el eclesial. Así, al enfocar su estudio desde un prisma excesivamente institucional, el autor pasa por encima de los factores profundos que provocaron los procesos de institucionalización como la generalización de la *velatio* y la consagración por el obispo en el siglo iv, la tendencia al asociacionismo y la monacalización a partir del siglo v y, finalmente, la desaparición progresiva a partir del siglo xi. Tampoco establece posibles paralelismos o conexiones con los movimientos femeninos de signo apostólico desarrollados precisamente en ese momento de desaparición. Sin profundizar en las claves históricas de estas cuestiones, entre ellas, y como aspectos fundamentales, sin tratar las relaciones laicos/as-institución ni, sobre todo, los problemas de género que han incidido en los distintos proyectos eclesiológicos, difícilmente podremos hablar con propiedad del papel eclesial femenino ni de sus verdaderas posibilidades políticas en el mundo de hoy.

Como no podremos entender las ambivalentes relaciones con los obispos, relaciones que, según la encuesta de 1995, varían mucho de unas diócesis a otras. Pienso el autor que los obispos han de promover esta forma de vida y responsabilizarse de su cuidado a fin de que no sea desvirtuada ni pierda sus rasgos originales. Mas, ¿ha de ser esto forzadamente así? El otorgar a los prelados tan alto grado de responsabilidad sigue siendo fruto de una óptica de partida eminentemente institucional. En su valoración de la institución y del rito que la acompaña, el autor sólo atiende a las formas más codificadas surgidas en el siglo iv. Así, resalta que, por el rito de consagración, las vírgenes entran a formar parte de las instituciones oficiales de la Iglesia, un estatus canónico que, simultáneamente, les permite tener una vida similar a la del resto de los fieles, sin diferencias aparentes.

No se trata de negar el valor de este papel canónicamente reconocido ni, por consiguiente, de subvalorar la importancia del comportamiento episcopal. Sin em-

bargo, la clave de desarrollo de esta forma de vida ha de estar, sin duda, en manos de las propias mujeres como sus verdaderas promotoras. Como tantas veces ocurre, la realidad de vida se separa de los planteamientos teóricos. De ahí que, ante el frecuente desinterés del episcopado, la vida consagrada independiente en el siglo esté rebasando los límites diocesanos, y que sean los encuentros anuales de vírgenes consagradas en el plano nacional los que en muchos casos están actuando como el incentivo real. Por otra parte, ni el reconocimiento canónico ni la liturgia más bella pueden hacernos olvidar los auténticos orígenes de esta forma de vida, unos orígenes marcados por la espontaneidad y la libertad frente a las autoridades eclesíásticas.

Todo ello sin olvidar otro aspecto importante: el autor no analiza las funciones eclesiales ejercidas por las vírgenes laicas a lo largo de la historia de la Iglesia cuando, sin duda, es ésta una clave fundamental para comprender su evolución. Intentar poner en el mismo plano la situación actual con la originaria sin profundizar más en ésta no deja de ser arriesgado. Pretender que una virgen laica prácticamente no se diferencie del resto de los fieles pese a su estatus canónico definido supone no tener en cuenta la significación social y eclesial que esta forma de vida alcanzó desde el momento de su aparición. Significación que, si bien en parte presente también hoy, no tiene por qué corresponderse en todos sus extremos con las necesidades actuales. No deja de ser significativo uno de los aspectos que mencionamos antes: el que estas mujeres no sean conocidas siquiera en muchas de sus comunidades parroquiales. Volvemos así, de nuevo, a la cuestión del desconocimiento, en este caso equivalente a invisibilidad. No hay función eclesial definida, de ahí que no haya proyección social. Pero ni ha sido así ni tiene por qué serlo ahora. Lo cual sin duda requiere adaptaciones y cambios, no un mero recuperar tradiciones litúrgicas y estatus canónicos sin más.

Mucho más podría añadir, pero quede a cuenta de las/os lectoras/es con verdadero interés por revisar y replantearse claves eclesiales tradicionales mediante el acercamiento a una obra rica en información y reflexión, amena y cargada de esperanzas, profundamente optimista.—MARÍA DEL MAR GRAÑA CID.

NATHALIE NABERT, *Les larmes, la nourriture, le silence*, Beauchesne, Paris 2001, 154p. ISBN: 2-7010-1421-2.

Este libro es el primero de una serie de publicaciones pertenecientes al «Centre de Recherches et d'Études de Spiritualité Cartusienne» (CRESC), fundado en 1998 por la autora del libro que ahora presentamos, centro dedicado a la investigación sobre la historia y la espiritualidad de los Cartujos. La autora es actualmente la Decana de la Facultad de Letras del Instituto Católico de París, donde trabaja también como profesora de literatura medieval.

Las primeras páginas del Prólogo nos sitúan en el tiempo de la Cartuja, ofreciéndonos tanto algunos rasgos del carácter atemporal de la Institución, según la máxima de «Cartusia nunquam reformata quia nunquam deformata», como los datos más significativos de su origen en los austeros parajes de Chartreuse en los que decidieron instalarse Bruno de Colonia y sus primeros compañeros.